

SE HABLA DE ESTA CASA, CON CIERTO ATREVIMIENTO

RAMON FARALDO

Aunque la arquitectura signifique arte, incluso la patria de todo arte, se hace difícil opinar de una casa sin haber vivido en ella. De cuadros o de estatuas se opina rápidamente, porque no son habitables, trascienden por cuanto les hace visibles. Las partes visibles de una casa interesan, pero no deciden lo que hace casa del complejo arquitectónico así llamado.

Realmente, las casas son construidas como tal arquitectura: como tales casas, van haciéndose a sí mismas según quien las habita o según se dejan habitar, y por esta relación íntima y ambiental, techos, paredes y ocupantes forman una biología más que un contrato domiciliario, donde espacio vital es también espacio anímico. Esta identificación entre la persona y su sitio, de orden estrictamente privado, no contribuye a hacer materia discutible de una casa, que es como discutir una cuestión de familia.

Ante la construcción de José Antonio Coderch, edificio "Girasol", donde la voluntad intimista ha sido extremada, se opina con bastante escrúpulo y sobre datos elementales. Es cierto que, por presencia exterior, esta casa no puede tomarse por otra; es como es. Muchos edificios urbanos practican una suerte de sedentarismo apoltronado, indiferentes a que les consideren inmuebles o mineralizaciones. La casa del arquitecto Coderch es idea de un hombre, y esto se hace perceptible, por de pronto, en el semblante público de su obra. Esta fachada posee una vivacidad, actúa, se hace sentir, no sólo por la réplica de sus materiales—madera, cerámica, vidrio, metal—, que argumentan enérgicamente entre sí, sino, especialmente, por la dialéctica de volúmenes y líneas ascendentes, cruzadas, turgencias y convexidades que operan como en bajorrelieve abstracto, aunque su desarrollo cobije existencias.

En una perspectiva abierta, aislada, esta construcción intensificaría su gentil entereza, y, me parece, sus soluciones como cuerpo arquitectónico total. En una calle de ciudad rompe el aplastamiento serial del inmovilismo urbano y algo de la propia

construcción o del contorno queda frustrado. Ignoro si la culpa corresponde al contorno, al trasiego de épocas de edificación, que fueron como tuvieron que ser, o al pensamiento de Coderch, que cumple su deber como profesional de hoy. Yo no concibo cómo debe configurarse una urbe moderna, en el conjunto y en las piezas, para que resulte menos bestial de lo que es; así que no discuto ni participaría con la necesaria euforia en estas controversias.

Interiormente, el edificio presenta la ventaja de su adaptación solar y una coherencia, teórica al menos, entre simetrías y usos. Agua y plantas proponen, dentro del inmueble, ciertas sugerencias o estímulos bucólicos. Creo poco en la eficacia de estos tallos y manaderos impostados en ladrillo y electricidad. Todo dependerá de quien los disfrute, o los ignore, o los compadezca.

Podría agregarse algo a esta información parcialísima. La arquitectura actual sigue pro-

blematizando sobre construcción racionalista y construcción orgánica, tecnicismos que llegan a prevalecer sobre el destino humano de la arquitectura. Quizá debiera experimentarse más en esta dirección, considerando el influjo congelante, opresivo o aséptico de los muros habitados. Aparte del estricto confort o la estricta modestia, la arquitectura no busca mucho más. Tampoco sé, naturalmente, cómo o por dónde, o qué podría buscar. Pero se han resuelto tantas dificultades, tales dilemas de espacio, resistencias y materiales, que el sueño de Rimbaud sobre "otras formas de ser y habitar, sobre las paredes y las puertas amigables, sobre tejados ni envanecedores ni despóticos", quizá no fuese inalcanzable ni inoportuno. Yo no lo comparto, pero la única forma de acabar este texto ha de acogerse a unas alucinaciones de poeta. El arquitecto antes nombrado también lo es, hasta donde ello es compatible con otras cosas.

